

RAFAEL GUMUCIO

*LOS PLATOS ROTOS. HISTORIA PERSONAL DE CHILE*

Santiago: Editorial Sudamericana, 2003.

El editor –que acaso pretende vender así un libro que anunciado de otra manera pudiera tener o parecer tener menos interés– sostiene que este libro es una novela. Para ello, afirma que: “La novela nos tiene acostumbrados a una trama que siempre ofrece un desenlace, una identidad continua donde el discurso siempre es el mismo a pesar de sus variantes dramáticas. De ahí que *Los platos rotos* de Rafael Gumucio representa una aventura dentro del orden en este género, pues, aparte de multiplicar dicha expresión en un conjunto de géneros aliados, le da a cada uno de ellos el significado de un capítulo dentro de una historia que, calificada de personal, como indica el subtítulo de la obra, es la crónica narrativa de un país, el balance de unos platos rotos que, de una manera u otra, todo chileno debe pagar al contado” (Contratapa).

Más adelante, pone este libro en la serie de las novelas anteriores del autor, *Memorias prematuras* (2ª ed. Madrid: Debate, 2000) y *Comedia nupcial* (Madrid: Debate, 2002). El editor se olvida por completo de su filiación más adecuada junto con *Monstruos cardinales* (Santiago: Editorial Sudamericana, 1999) su anterior colección de crónicas. Tan superiores ambas a sus novelas. En este libro encuentra sus antecedentes tanto en su primera parte, “Memorias de un joven de la transición”, un anticipo del que arrastra algunos textos al nuevo libro, como en las pequeñas entradas del triple “Pequeño Diccionario. Chile Ilustrado” (pp. 70-97, 178-205 y 273-297), con su diagramación gráfica ‘art nouveau’. Está claro que lo dice –más allá de su interés por venderlo– porque el libro que comentamos se presenta como una *Historia personal de Chile*, lo que en *Los platos rotos* quiere decir dos cosas: una, que el libro es un comentario de la Historia de Chile desde un punto de vista personal, el de su conocimiento –sus lecturas– y de sus experiencias; otra, que se complace, graciosa o ridículamente, por enfatizar, carnavalizándolos, los antecedentes genealógicos que vinculan a sus antepasados familiares con esa historia, haciéndola adquirir entonces un especial carácter personal.

El libro es una crónica, no una novela. Una crónica, comentario festivo, luciaresco, satírico, bajo o cómico y amargo de la historia de Chile. No una crónica –la unidad la sugiere la referencia constante a Chile, personajes políticos, literarios y militares de todos los tiempos, en “vidas paralelas”, su historia y su geografía–, sino una serie de crónicas, un libro mosaico, fragmentario, más unido por la constancia del narrador y de la perspectiva ideológica –una mediación constante del punto de vista actual y posmoderno del pasado que analiza, solo reconstruido para ser roto o trizado y para mostrar en las fisuras la perspectiva ética del cronista, el tono cómico constante y el estilo excepcional, más que por una supuesta identidad que el libro

niega y afirma. Los discursos son varios y diferentes, y oscilan, con titulación expresa en determinados casos, entre la crónica periodística, el pseudo poema, el cuento, generalmente en cursivas, el ensayo, la carta, el sainete, el comentario, el monólogo directo y el diálogo, cada uno matizado por la tipografía –redondas o cursivas. La variedad confirma la dificultad de construir una imagen idéntica de la historia cambiante, sobre la base de constantes y variantes de lo mismo. Lo que no impide a Gumucio moverse en márgenes que se acercan y alejan de los conceptos de Alberto Edwards extendidos hasta el día de hoy.

Para concluir con este punto, me reduciré a citar un momento metanarrativo del libro de Gumucio que se refiere a su libro y lo define:

“Doy cuenta de quién soy y de donde vengo: Chile no esta mal ni peor, pero sigue refugiado fuera del mundo, en el país de Nunca Jamás. Sigue creyendo en una impunidad en la periferia del tiempo y del espacio, donde no llegan ni las bacterias. Y, sin embargo, ahora se deja contar. Antes se resistía y obligaba a sus historiadores a ser archivistas y a sus narradores a ser poetas. Yo no soy nada de eso. Soy un cronista que ensucia lo que toca y deja sobre las paredes manchones, gestos y brochazos para que otro con más talento los una y convierta en un mural.

Cuento Chile; esa leyenda que hace dormir y despierta y se plagia y se denuncia por plagiadora. Una historia que rebota como el salmón en el río, a la búsqueda de su nacimiento” (176-7)

Hay aquí una voluntad de conocimiento, de autoconocimiento. Lo que debemos apreciar en esta talentosa e impresionante crónica es la coherencia de su visión satírica y carnavalizadora, la adecuación de su intento de rasguñar la superficie o las entrañas de la realidad del país, el grado de su aproximación a la realidad fugitiva, la simplicidad del modelo de interpretación y el escaso número de variables que maneja, que cuando son dos y en contrapunto constante invitan a no perder de vista la complejidad y la dirección de la historia.

CEDOMIL GOIC

Pontificia Universidad Católica de Chile